

Esperanzados viajeros de charter y aburridos empleados de tierra, únicos testigos del trabajo artístico del aeropuerto

La frialdad dominó entre los escasos espectadores del 'happening' de Foronda

Carmen Gutiérrez

Los incondicionales alavés que aprovechan la tarde de los domingos para esperar pacientemente los esporádicos despegues y aterrizajes en las pistas del aeropuerto de Foronda no desviaron ayer su atención, a pesar de que a escasos metros, en el vestíbulo de la terminal, un grupo de jóvenes, cubiertos de extraños ropajes y pintado su rostro con pinturas, se empeñaba en despertar cierto interés. Con sus actuaciones no alcanzaron más que las cotas mínimas de atención, procedentes de una familia numerosa, compuesta de un número indeterminado de chavales y chavalas de edades similares y de un progenitor de vuelta de todo que reflexionaba casi en voz alta. «Esto es deprimente, la clase obrera no está preparada para esto». Quien esto oía no sabía si aquello significaba que apreciaba el espectáculo que tenía ante sus ojos o, por el contrario, que lo despreciaba.

Testigos de excepción, mudos y atónitos, fueron los privilegiados ciudadanos que pudieron dejar la ciudad, en su debate entre la nieve aún fresca y un sol todavía débil, para ir a tierras tan cálidas como las islas Canarias. Mientras la cinta mecánica iba tragando uno por uno sus equipajes, la cola de viajeros fue sorprendida por una hilera de piadosos capuchinos. Fueron embarcando y con ellos se fue el único grupo rutinario de espectadores que «Etseuden Taldeak», que se presenta como comisión de juegos, y el pintor Máximo Alda, consiguió en toda la tarde.

Un desierto hall

Su anunciado «happening» luchó con la casi permanente desertización del hall aeroportuario. Desde la distancia, y cubiertos por una capa de indiferencia con algunas dosis de escépticismo, miembros del personal de tierra avistaban el espectáculo sin mover un ápice las líneas de su rostro, si no era para intercambiar algún monosílabo con el compañero. Los más abiertos, sonreían condesciéndamente algo que no les parecía demasiado serio. Mientras, una serie de personajes, hombres y mujeres, de los que pendían cintarajos de colores, en una simbiosis entre luto y bufón, ofrecían, cuando aún no se había digerido la copiosa comida dominical, nata montada, aceitunas y caramelos desde una cara seria, de congeladas sonrisas y adustos ademanes, quizás algo injustos precisamente porque eran dirigidos hacia las únicas personas que les hacían caso. Con ello no había más que restar elementos ganados por cierta pretensión provocadora, pero sin demasiado contenido. Tan sólo los niños, junto a alguna madre de familia, se arrodillaron en su juego de tocar el tambor, inflar globos y protar papel de water, que una mujer de la limpieza, esta vez no imagina-

ria— hacia desaparecer diligente, armada de escobón y recogedor.

No fueron provocación y no consiguieron la participación, claves de un buen happening. Los textos de Beckett y Kafka, leídos por una voz en «offs» apenas sirvieron de telón de fondo, perdidas sus sílabas en la inmensidad del han-

gar. Pero la experiencia sirvió, al menos, para llevar al aburrido vestíbulo del aeropuerto un cierto hábito de vida joven, despidió con alegría a los que se fueron, recibió a los que arribaban y entretuvo, aunque no lo dejaran casi entrever, a los empleados que ayer tuvieron que trabajar en Foronda.



JAVIER MINGUEZA

Aislados espectadores se hicieron cómplices de los protagonistas del happening, en la tarde de ayer en el aeropuerto de Foronda.